

RADIO

Amistad™

Compartiendo esperanza

Consultando con “seres de luz”

La historia de
Georgina Ávalos

KHCB Radio Amistad

2424 South Boulevard, Houston, TX 77098

(713) 520-7900

WhatsApp - 713-691-9276

Maneras de Escuchar a Radio Amistad

101.5_{FM} y 1400_{AM}



Use este código QR para tener acceso rápido a todas las páginas de Radio Amistad en la internet.

Consultando con “seres de luz”

La historia de Georgina Ávalos

Reina-Valera 1960 ® © Sociedades Bíblicas en América Latina, 1960. Renovado © Sociedades Bíblicas Unidas, 1988. Utilizado con permiso.

La historia de Georgina Ávalos

Georgina Ávalos Montes de Oca nació en Guadalajara, México, en 1971, la mayor de tres hijos y la única mujer. Creció en una familia católica, muy religiosa, pero sin instrucción alguna acerca de la Palabra de Dios. Ella tuvo una infancia feliz, aunque solitaria. Su hermano Hugo, desde muy temprana edad, pasaba sus días en el hospital, y su mamá permanecía siempre a su lado, cuidándolo de día y de noche. Esta situación llevó a que Georgina pasara mucho tiempo bajo el cuidado de sus abuelitas o de sus tías.

No le gustaba dar problemas y solía ocupar su tiempo leyendo cualquier libro que llegara a sus manos. Entre la lista de libros de texto que tenía que comprar y llevar diariamente a la escuela se encontraba una Biblia. Nunca la abrían en clase, pero siempre permanecía dentro de su mochila. Ella se preguntaba por qué los obligaban a cargar ese libro y añadir su consabido peso en sus pequeñas espaldas si nunca lo utilizaban.

Moisés y la zarza ardiendo

En sus clases de religión, las monjas contaban historias de la Biblia, y Georgina las escuchaba con atención mientras su imaginación volaba. Recuerda el impacto que sintió al escuchar la historia de Moisés y la zarza ardiendo (Éxodo 3:1-17). Tenía alrededor de ocho años y le quedó muy grabado que, de en medio de aquel fuego extraño, salía la voz de Dios diciendo: *“He visto la aflicción de mi pueblo y he oído su clamor. Yo los libraré del yugo de faraón”*. En su mente pensaba: ¡WAU! ¡Qué poderoso es Dios para hacer esas maravillas y qué bueno y tierno que no resistió el llanto y el grito de ayuda de sus hijos!

Como la historia de Moisés le había gustado tanto, regresó a casa hambrienta por saber más. Abrió su pequeña Biblia y continuó leyendo el libro de Éxodo. Allí encontró el mandato que decía claramente: *“No tendrás dioses ajenos delante de mí”*. Entonces comenzó a confrontar todo lo que le enseñaban en la escuela católica: ¿Por qué adoraban tantas imágenes? ¿Por qué paseaban a la virgen María por toda la escuela y todas tenían que arrodillarse delante de ella?

Claro que sus preguntas eran mal vistas tanto en casa como en la escuela. “*Las cosas son así y así son las reglas. Si no las sigues, Dios te va a castigar*”, le respondían. Esas respuestas no la satisfacían, pero se lo repitieron tantas veces que llegó a creer que ella era la equivocada. “*Soy un bicho raro*”, pensaba, y así siguió viéndose a sí misma hasta llegar a la adolescencia.

Una fascinación hacia lo oculto

Las dudas de Georgina acerca de Dios y de su religión fueron reemplazadas por una fascinación hacia lo oculto. Quería saber más acerca del mundo espiritual; después de todo, parecía un tema del que sí podía hablar con cualquiera sin problemas. En su familia era común consultar a personas que leían las manos o las cartas para resolver dudas personales o de negocios. Su mamá, que hoy es creyente, en aquel tiempo prefería llevarla a que le leyeran las cartas, diciendo: “*Vamos a que te hagan una limpia*”.

No se podía acudir al sacerdote para hablar de esas cosas. Si uno iba y lo confesaba, él respondía: “*Rece tres Padre Nuestro y no lo vuelva a hacer*” haciéndole pensar que no era

un delito grave. No había un sentido de urgencia por salir de ese mundo porque nadie advertía del peligro de perder el alma. Dentro del catolicismo tampoco había una certeza de salvación, así que uno quedaba flotando entre dos mundos.

En México, la Nueva Era se presentaba como un pulpo con tentáculos largos y sutiles. Si alguien visitaba a una persona que practicaba artes ocultas, siempre encontraba imágenes religiosas para dar apariencia de credibilidad y escuchaba hablar de que todo se hacía en nombre de la “luz y el amor”. A Jesucristo lo mencionaban como un gran maestro, uno más entre muchos.

En la preparatoria, Georgina tenía una profesora que leía la mano durante los recreos. Todas las estudiantes se agolpaban alrededor de ella porque querían saber cosas como: “*¿Cómo será mi próximo novio?*” o incluso hacerle preguntas vocacionales sobre qué carrera estudiar o cuánto dinero ganarían. Cuando aquella profesora se ofreció a enseñarle a leer la mano, Georgina aceptó con entusiasmo. Se sintió honrada de que la hubiera elegido a ella y

de que viera en ella cualidades para desarrollar el “arte” de la quiromancia.

Hoy sabe que esas prácticas pertenecen a la oscuridad, pero en ese tiempo se las presentaban como herramientas aparentemente inocentes y sin peligro. Todo aquello de la programación neurolingüística, los árboles familiares para entender la personalidad actual y prácticas similares se mostraban como algo inofensivo.

Al abrir la puerta al ocultismo, Georgina experimentó un hambre insaciable por conocer más y más. Se llenó de vanidad y sentía que tenía el mundo a sus pies. Le enseñaron que podía llegar muy lejos con la ayuda de los llamados “maestros espirituales” y que, si lograba dominar ciertas técnicas, el éxito en el amor y en lo profesional vendrían a ella de manera natural.

Estudió Administración de Empresas Turísticas y trabajó en el ámbito de la aviación. Durante muchos años se enfocó en un solo objetivo: “*quiero triunfar y quiero ser la número uno*”. Creía firmemente en lo que había aprendido: “*si yo decreto, yo puedo*”. Y, en efecto, el éxito llegó a su vida; todo parecía salirle bien.

Sin embargo, un día—sin recordar exactamente cómo ni por qué—se dio cuenta de que no era feliz. Confundida, sin saber qué rumbo seguir, decidió dar un giro radical: se fue a vivir a un pequeño pueblo enclavado en la sierra. Allí necesitaban una maestra de inglés, y Georgina se ofreció para ocupar ese puesto. Sus padres lloraban amargamente, incapaces de comprender cómo, después de tenerlo todo, de repente renunciaba a una vida cómoda para marcharse a enfrentar penurias. Aun así, la apoyaron en su decisión, y ella partió.

Descubrió la riqueza del servicio

Georgina pasó dos años en aquel lugar y fue muy feliz, pues aprendió mucho de las personas que, al principio, pensó que la necesitaban. Con el tiempo comprendió que en realidad era ella quien los necesitaba a ellos. Allí descubrió la riqueza del servicio a los demás. Pudo ver cómo los lugareños eran felices con lo poco que tenían y, además, se mostraban generosos y solidarios.

El pequeño poblado estaba lleno de buenas personas, pero también había un fuerte sincretismo religioso. Todos conocían al Señor

Jesucristo y los domingos, así como en los días de los santos patronos, el pueblo entero se reunía en la iglesia. Incluso bajaba gente desde las rancherías para unirse a las celebraciones. Sin embargo, fuera de ese ambiente, se fomentaba el amor a la madre naturaleza, se acudía al curandero en lugar de al médico y se pedían “trabajos” o hechizos para asegurar una buena cosecha.

Georgina fue feliz y disfrutó mucho de ese estilo de vida. Durante ese tiempo conoció a quien sería su primer esposo. Ambos estaban profundamente enamorados y decidieron casarse. Deseaban ser padres y comenzar su propia familia, aunque poco sabían del duro golpe que pronto tendrían que enfrentar.

El cáncer

Georgina comenzó a tener síntomas de embarazo, pero las pruebas resultaron negativas. Unos días más tarde, se sintió muy mal y su esposo la llevó a Guadalajara. Allí terminó en el hospital, destrozada por el dolor y la tristeza al enterarse de que había perdido a su primer bebé a las ocho semanas de gestación.

Al regresar a su casa en el pueblo, algo seguía sin estar bien. No sentía mejoría; tenía sangrados abundantes y un cansancio tremendo que no desaparecía. Meses después llegó una segunda y devastadora noticia: *“Georgina, tienes una lesión cancerígena en el cuello de la matriz. Tenemos que actuar rápido para que no se extienda. Acabemos con el problema de raíz: muerto el perro se acabó la rabia. Te vamos a preparar y te voy a extirpar la matriz”*, le dijo el médico que la atendía.

Sintió que se hundía en un pozo y que todo empezaba a dar vueltas. Dejó de escuchar lo que el doctor seguía explicando. Recuerda vagamente a su esposo dando más tarde la noticia a sus padres. Georgina se negaba a recibir tratamiento. Sentía que ahí había terminado su existencia. Después de todo, su abuelo paterno y una tía muy joven ya habían muerto de cáncer. *“Es mi turno”*, pensó. Se soltó a llorar y pasó muchos días encerrada sin querer hablar con nadie.

En medio de su locura y desesperación, recordó aquella historia de Moisés y la voz de Dios en Éxodo 3:7: *“Dijo luego Jehová: Bien he visto la aflicción de mi pueblo que está en Egipto,*

y he oído su clamor a causa de sus exactores; pues he conocido sus angustias". Entonces, Georgina clamaba y levantaba su vista al cielo diciendo: *"Señor, ayúdame, no sé dónde estás, pero ven y ayúdame, muéstrame"*.

El Señor escuchó y contestó su clamor. Una tía, al enterarse de lo que estaba sucediendo, se acercó a ella con amor y le ofreció su hombro para llorar. Cuando vio que Georgina estaba lista para escuchar, le propuso acudir a otro médico para pedir una segunda opinión. El Señor la puso en manos de un especialista que no solo le brindó un tratamiento de vanguardia, sino que también le dio facilidades de pago —pues no tenían los recursos para cubrir los costos— y, por si fuera poco, logró salvarle la matriz.

Aventuras en el movimiento de la Nueva Era

Cualquiera pensaría que, al recibir una segunda oportunidad, Georgina se acercaría más a Dios. Sin embargo, no fue así. No había nadie que le hablara de Él ni que la guiara hacia Su Palabra. Muy pronto volvió a olvidarse de Aquel que la había salvado. Después de todo, ya no lo necesitaba: estaba sana, había terminado el

tratamiento y se sentía lista para ser madre. Había recibido un milagro enorme y, aun así, terminó haciéndose un becerro de oro.

Vivía con mucho miedo a la muerte. Cada día despertaba con el pensamiento de si el cáncer regresaría y cuánto tiempo le quedaba de vida. En su búsqueda de respuestas, se sumergió en el estudio del budismo durante cuatro años. Pensaba: *“Ellos hablan tanto de paz, de iluminación, de trascendencia, y que cuando mueras serás muy feliz... eso es lo que necesito”*. Al principio todo parecía atractivo: le hablaban de lo bonito, de la paz interior, y promovían dejar muchas cosas. Georgina dejó de tomar café, de comer carne, y adoptó un lenguaje centrado en el “amor”.

El desencanto con el budismo

Con el tiempo, Georgina se llevó un gran desencanto. Descubrió que, para ser considerado un iluminado dentro del budismo, era necesario no tener emociones de ninguna especie, pues enseñaban que las emociones detenían el progreso espiritual y podían hacer que uno reencarnara en una criatura inferior. Según esa creencia, sentir una alegría excesiva era malo, disfrutar de un

amor profundo era negativo, y llorar o enojarse resultaba aún peor.

Además, aprendió que para alcanzar la anhelada “iluminación” en los últimos segundos de vida, era necesario realizar rituales prácticamente imposibles de cumplir: estar en cierta posición, contar con determinados artículos al lado y otras exigencias.

Georgina había crecido con la idea de que, si una persona era buena, solo cosas buenas vendrían a ella, y esa noción fue reforzada por el movimiento de la Nueva Era, donde enseñaban que uno debía “decretar” porque el universo conspiraría a su favor para concederle cualquier deseo.

También se adentró en técnicas de meditación trascendental y llegó a graduarse como maestra de Reiki con los más altos honores y grados. A su esposo incluso le causaban risa sus aventuras dentro del movimiento de la Nueva Era. Pero mientras ella iba y venía a sus clases, alguien—sin conocerla, pero consciente del peligro en el que Georgina misma se había puesto—había comenzado a orar por ella.

Preguntas acerca de la muerte

Georgina empezó a preguntarse qué era lo único que la muerte no podía vencer. No estaba segura de la respuesta. Sus raíces católicas le decían que Cristo seguía colgado en la cruz, no resucitado. Recordaba que estaba prohibido poner imágenes de Cristo resucitado, porque lo que se debía tener presente era Su sufrimiento en la cruz. Además, le decían que debía olvidarse del Antiguo Testamento. Sin embargo, para ella, aquel pasaje de la zarza ardiendo en el libro de Éxodo seguía siendo el que le sostenía.

Tragedias

En el año 2003, le diagnosticaron con cáncer al papá de Georgina, una metástasis muy avanzada que ya había destruido el 95% de su hígado. Falleció menos de dos meses después del diagnóstico, y en ese momento Georgina supo lo que era sentirse huérfana. Ella y su padre siempre habían sido muy unidos: él era su apoyo, su confidente, su consejero, su cómplice y su compañero de aventuras en campamentos y paseos en bicicleta de montaña.

En un intento por sanar su miedo a la muerte y resolver el dolor que le causó la partida de su papá, Georgina decidió regresar a la escuela para estudiar Tanatología, una disciplina que estudia el proceso del duelo, sus síntomas y las maneras de resolverlo. Esto le permitió trabajar primero como voluntaria y luego de manera profesional, acompañando a enfermos terminales.

Esa experiencia le dio la oportunidad de observar las diferencias entre morir con la certeza de la salvación y enfrentar la muerte con la incertidumbre y el dolor de no saber por qué se muere ni adónde va el alma. En México, a los cristianos se les llama “hermanos separados”, y los protestantes son una pequeña minoría. Georgina pudo notar con claridad la diferencia que existía entre ellos y el resto del mundo a la hora de morir. Mientras algunos se despedían con lágrimas, pero también con amor e incluso cantos de júbilo, otros se sumían en un duelo desgarrador.

Divorcio

Tras la muerte de su padre, el matrimonio de Georgina también se vino abajo. Ya existía

una división entre ella y su esposo, pues el cáncer que había padecido provenía de un virus que el hombre contraía llevando una vida de promiscuidad. Ni ella ni su marido tenían el cimiento ni el sostén de la Palabra de Dios para enfrentar sus diferencias, y no supieron cómo rectificar sus errores. Finalmente, se divorciaron.

El primer obstáculo que tuvo que enfrentar Georgina fue la falta de recursos para sostener a sus hijos. En México, después de los treinta años y siendo ya madre, encontrar empleo era casi imposible. Aunque era graduada en Administración de Empresas Turísticas, ninguna empresa quería darle trabajo con una niña de seis años y otro bebé de meses. Su familia continuaba viéndola como la oveja negra y no quiso tenderle la mano tras el divorcio. Así que, en medio de la desesperación, sus ojos volvieron a dirigirse hacia las artes oscuras.

Consultando con “seres de luz”

Georgina pudo ganar dinero compartiendo los conocimientos que había adquirido y ofreciendo consultas a personas interesadas. Empezar a trabajar y vivir de esto fue muy fácil; incluso

uno de sus maestros le prestó un consultorio dentro del centro de “formación espiritual” que él dirigía. Su reputación creció rápidamente y pronto muchas personas comenzaron a buscarla.

Cabe aclarar que, en la línea de espiritismo que Georgina había estudiado, se suponía que los contactos con el más allá no eran con la maldad ni con el demonio, sino con “seres de luz”: maestros espirituales de todas las épocas y culturas que buscaban ayudar a la humanidad, brindando sanación y paz.

Lo interesante de toda esta filosofía era que prometía paz, pero nunca la entregaba realmente. Siempre le decían que la paz estaba en el siguiente nivel, que debía aplicarse más, estudiar más, meditar más, dejar de tomar café, o que quizá toda su intranquilidad provenía de una vida pasada o era producto de su karma.

El silencio y la soledad

A pesar de su trabajo asistiendo a enfermos en hospitales, su consulta privada, sus cursos y compromisos en radio y televisión, cualquiera podría pensar que Georgina era completamente feliz. Sin embargo, el éxito que el mundo ofrece

no siempre se traduce en alegría. Cuando llegaba a casa y el ruido del mundo se apagaba, la única voz que escuchaba era la del silencio y la soledad; entonces el aplauso y el dinero no servían de nada. Mientras más éxito tenía, más sola se sentía. Se preguntaba: “*¿Por qué sigo sintiendo que algo me falta?*” Buscaba honestamente al Dios de Moisés, de quien había oído hablar en su infancia, pero no lo encontraba en ninguna parte.

Estaba a punto de rendirse cuando conoció a Marta Torres, quien se dio cuenta de su lucha. Marta le dijo: “*Tú traes un paquete muy pesado y quiero que sepas que en tus propias fuerzas no podrás resolver eso que te agobia. Deberías venir conmigo y con mi familia el domingo a mi Iglesia. Viene un invitado a hablar de un tema que te va a interesar mucho. Quizá ahí encuentres las respuestas que estás buscando para tu vida.*”

Sus palabras dejaron a Georgina profundamente impresionada. ¿Por qué hablaba con tanta autoridad? ¿Cómo sabía de sus luchas? Ya cansada y agobiada del camino, pensó: “*No pierdes nada, Georgina. Ve, escucha y quizá aprendas de dónde viene esa energía tan positiva que tu amiga refleja.*”

Su primer visita a una iglesia evangélica

Llegó el domingo y Georgina se presentó en la Iglesia Bíblica Ciudad del Sol de Guadalajara. Desde el primer instante notó que todo era diferente. Las familias llegaban juntas, y varias personas en la entrada daban los buenos días, extendiendo sus manos para saludar y recibir con una sonrisa a todos los asistentes. Marta ya la esperaba y Georgina se sentó a su lado.

Cuando comenzó la música, las alabanzas tenían un tono de júbilo y esperanza que de inmediato animó su espíritu. Sintió una genuina alegría al escuchar el canto de toda la congregación. Luego vino la prédica, seguida de un invitado que compartió su testimonio sobre cómo el Señor lo había sanado de una enfermedad incurable.

La experiencia fue tan intensa que muchos detalles escaparon de su memoria. Sin embargo, algo quedó grabado: las palabras de la prédica hicieron eco en su corazón y le indicaron que su búsqueda había terminado: *“De la mano del Seol los redimiré, los libraré de la muerte. Oh muerte, yo seré tu muerte; y seré tu destrucción, oh Seol; la compasión será escondida de mi vista”* (Oseas 13:14).

Al final del servicio, cuando el Pastor extendió la invitación para aceptar al Señor como Salvador, Georgina no titubeó. Allí mismo se rindió a Sus pies. Decidió que quería vivir el resto de su vida abrazada a Jesús, el amoroso Salvador que la había estado buscando desde el vientre de su madre.

Tuvo una experiencia muy intensa y extraña: como si, al aceptar a Jesucristo como el capitán de su vida, vio pasar cada minuto de su existencia como una película. Comprendió que nada había sido casualidad, que todo tenía un sentido y un propósito. Sintió que había llegado a casa; que su Padre la aceptaba, la limpiaba de toda suciedad del camino, la vestía de blanco y la perdonaba. Lloró desconsoladamente, pero a la vez se sintió ligera y feliz como nunca, deseando saltar y gritar de alegría.

El poder de la oración

Dios todavía tenía reservada una sorpresa más para Georgina. Al final del servicio se acercó al Pastor y a su esposa, Erika. Esta le dijo: “*Yo te conozco*”. Georgina preguntó: “*¿De dónde me conoces?*” Erika respondió: “*Tú manejas un*

Jetta blanco, tienes dos hijos y vas mucho a un lugar donde enseñan cosas ocultas. Pasas allí varios días a la semana. Claudio (mi esposo) y yo vivimos justo enfrente de ese lugar. Sucedió algo muy raro: sentía una voz que me jalaba hacia la ventana justo cuando tú estacionabas tu carro para entrar. He orado por ti desde entonces, para que el Señor te abriera los ojos y te sacara de ese lugar. Hoy el Señor ha contestado esa oración.”

Erika la abrazó y lloraron juntas. Para ambas, fue un testimonio y una prueba de que ninguna súplica al Padre cae en el vacío. Todo tiene un tiempo, un momento perfecto para suceder. Para Erika, ver a Georgina llegar a la iglesia y presenciar su conversión fortaleció su fe. Como ella comentó, en su momento había orado por obediencia, sintiendo una carga en su corazón, sin conocer el nombre ni la identidad de Georgina. En el fondo, pensaba que esas oraciones podían no ser contestadas, o que, si lo eran, tal vez nunca se daría cuenta del resultado.

Para Georgina, el encuentro la conectó nuevamente con su infancia y aquel momento cuando escuchó a un Dios Todopoderoso hablarle a Moisés: *“He escuchado el llanto de mi pueblo”*

(Éxodo 3:7). El Señor escuchó su llanto y vino a su ayuda, pero esperó hasta que ella estuviera lista para abrirle su corazón. Comprendió que Él no se había olvidado de ella, cumpliéndose la promesa escrita: *“Y Jehová va delante de ti; él estará contigo, no te dejará, ni te desamparará; no temas ni te intimides”* (Deuteronomio 31:8).

Hambre por la Palabra

A partir de entonces, Georgina y su amiga Martha se volvieron muy unidas, ya que compartían la misma fe. Martha comenzó a apartar un tiempo cada semana para discipularla, visitando su casa y adaptándose a sus agitados horarios de trabajo. Le regaló una Biblia de estudio muy completa, que Georgina aún conserva y utiliza. Sentía un hambre profundo por estudiar cada vez más la Palabra de Dios. Pensaba que había desperdiciado demasiado tiempo aprendiendo banalidades y cosas del enemigo, y que ahora, al menos, podía dedicar toda su mente, corazón y fuerzas a leer toda la Biblia.

Dejó de inmediato toda actividad en la brujería y, aprovechando su experiencia como

docente, empezó a buscar trabajo en ese campo. Se le abrieron puertas y comenzó a trabajar en universidades, escuelas e incluso hospitales, brindando entrenamiento a trabajadores sociales.

Conferencias sobre la muerte

Muchas veces, el Pastor Claudio y su esposa Erika habían intentado ministrar en el lugar donde Georgina había ido a “aprender” la brujería, pero nunca les habían dado permiso para entrar y enseñar las verdades de la Palabra de Dios. Ahora Georgina quería regresar al mismo sitio, pero esta vez para compartir palabras de vida con sus antiguos compañeros y maestros.

Gracias a Dios, les abrieron las puertas. Durante los meses de octubre y noviembre ofrecieron una conferencia titulada “La dimensión espiritual de la muerte”. Durante esos meses, las personas se interesan mucho en historias de terror, espiritismo y celebraciones como Halloween y el Día de los Muertos; Georgina y su equipo usaron eso como “anzuelo”... ¡y funcionó!

Las presentaciones iniciaban con un recorrido histórico desde Egipto hasta las culturas prehispánicas, explicando las creencias de cada

cultura sobre la muerte y el más allá, y cómo estas ideas seguían influyendo en nuestra forma moderna de ver la vida. El cierre era impactante: el Pastor Claudio tomaba el micrófono y hacía preguntas que llevaban al público a reflexionar y a tomar decisiones importantes.

Cuando formulaba la pregunta: “*¿Quieres aceptar a Cristo hoy en tu corazón?*”, quienes aceptaban lo hacían con total convicción. Hubo muchas conversiones, y varios compañeros que, como Georgina, habían practicado el ocultismo, hoy son hombres y mujeres de fe dedicados a llevar al mundo las buenas nuevas del plan de salvación.

Los decretos no funcionan

La vida le ha dado a Georgina muchas vueltas desde entonces. Decirle no al demonio después de haber pactado con él tiene un precio. Ha pasado por muchas pruebas, algunas muy duras, pero nada puede separarla del amor de Dios. El enemigo ha tocado su salud, su economía y la salud de sus hijos, pero eso no la hace renegar ni limitarse solo a aceptar bendiciones sin afrontar los retos.

Ella anima a quienes atraviesan momentos difíciles a levantar sus ojos al cielo, alabar al Señor y deleitarse en repetir Sus alabanzas y enseñanzas. No hay que temer lo que está por venir; incluso cuando la vida sacuda nuestras bases, Dios sigue estando en control.

Hoy en día, la tendencia es “decretar” para que todo nos salga bien, pero Georgina asegura que eso no es verdad. El pulso de la vida se mide en la alternancia de alegrías y tristezas. Recuerda que el Señor le dijo a Pablo: “*Bástate mi gracia*” (2 Corintios 12:9), enseñándole a gozar incluso en las debilidades, afrentas y necesidades.

Busca al Señor

Georgina exhorta a no dejarse engañar con “espejitos” que sustituyan el verdadero tesoro: el conocimiento de la Palabra de Dios. Hay que buscarlo de día y de noche, escudriñar las Escrituras y no dejar que nadie nos confunda ni nos engañe. En su tierra hay un dicho que afirma: “*El que no conoce a Dios, ante cualquiera se arrodilla*”, y es completamente cierto.

Invita a quienes ya conocen a Dios a vivir su amor apasionadamente. Mientras más reflejemos

la alegría del Evangelio en nuestras vidas, más personas querrán descubrir el secreto para mantenerse firmes en un mundo que promueve valores contrarios y violencia. No debemos cansarnos de hacer el bien y de orar sin cesar.

Georgina recuerda que llegó al Señor gracias a la oración desinteresada de alguien que ni siquiera la conocía. Por eso, nos anima a hacer lo mismo hoy: no solo por nuestros seres queridos y nuestra familia, sino también por aquellos que caminan en la oscuridad, para que puedan venir a la luz y beber del agua de vida. Que nuestras vidas sean un testimonio constante de la bondad y ternura infinitas de Aquel que nos amó primero.

Consultando con “seres de luz”

En la familia de Georgina era común consultar a personas que leían las manos o las cartas para resolver dudas personales o de negocios. Su mamá le llevaba a que le leyeran las cartas, diciendo: “*Vamos a que te hagan una limpia*”.

En la preparatoria, la profesora de Georgina leía la mano de sus alumnos durante los recreos. Cuando aquella profesora se ofreció a enseñarle a leer la mano, Georgina aceptó con entusiasmo.

Eventualmente comenzó a trabajar en las artes oscuras dando consultas incluso a través de radio y televisión. Le habían enseñado que los “seres de luz” con los que hacía contacto buscaban ayudar a la humanidad, brindando sanidad y paz. Ellos prometían paz, pero nunca la entregaban diciendo que estaba en el siguiente nivel.

Disfrutará leyendo de cómo Georgina encontró esa paz cuando conoció al Príncipe de Paz, el Señor Jesucristo.



Escuche a Georgina
compartiendo su historia
en Radio Amistad.



Georgina Ávalos